

Los últimos

RAÚL LÓPEZ ROMO

Historiador. Centro Memorial para las Víctimas del Terrorismo

Tenemos una deuda con los que no sobrevivieron a la caza de brujas o lo hicieron, pero han quedado heridos física o psicológicamente. Lo mínimo que podemos hacer es recordar

Los nacidos en los ochenta, año arriba, año abajo, pertenecemos a la última generación que vivió su infancia y juventud en un ambiente contaminado por el terrorismo. Heredamos esta situación y algunos intentaron perpetuarla, pero no fueron suficientes para dar continuidad a la cadena del mal. Por fin, en octubre de 2011 alcanzamos a ver el ansiado «cese definitivo de la actividad armada», que fue el eufemismo con el que ETA trató de maquillar ante la opinión pública su derrota.

Nuestros padres y abuelos conocieron etapas como la Guerra Civil, la postguerra o los años de plomo, en las que estuvo más extendida la violencia. La misma también ha permeado numerosos aspectos de nuestra vida cotidiana. La memoria es personal e intransferible. Muchos recordarán una adolescencia apacible, quizás alterada en parte por un trasfondo de tiros que sonaban lejos y que, en todo caso, no iban con ellos. Pero el 'eco de los disparos' (Eduarne Portela) marcó nuestra primera socialización y aún hoy resuena (¿cómo no, si algunos quedaron huérfanos?) para el que quiera reflexionar sobre su brutal mensaje.

Las pintadas dominaban las calles: 'Gora ETA', 'Armas para el pueblo', 'ETA, mátalos', 'ETA, más metralletas' y otras consignas agresivas por el estilo, que nadie se molestaba en limpiar. En los institutos, Ikasle Abertzaleak encuadraba a los radicales desde una temprana edad. Sus huelgas, normalmente convocadas en viernes como gancho para prolongar el fin de semana, servían para ensalzar a los pistoleros y para identificar a los que se oponían a secundarlas, tachados de «fachas» o «españolazos». Había grupos de música cuyas letras insistían en la idea de que estábamos en guerra y que había que golpear duro al «enemigo». Algunos se metieron en Jarrai, participaron en algaradas, aprendieron a preparar cócteles molotov. Si los pillaba la Policía, siempre había quien se concentraba semanalmente para pedir su libertad, como si fuesen represaliados por un sistema injusto.

Los hijos de los guardias civiles, policías y ertzainas ocultaban su condición. Las amenazas eran explícitas: «alumnos de este centro colaboran con la txakurrada», escribieron una vez en letras grandes junto a la puerta principal de mi instituto, y eso que era uno de los menos «politizados» (así se decía entonces, en otra trampa conceptual que tenía poco de inocente) de la ciudad. Las quemadas de autobuses, contenedores de basura o cajeros automáticos eran habituales, sobre todo en las noches de los viernes y los sábados. En los partidos de fútbol o en los conciertos, a menudo aparecía un grupo que vociferaba: «arriba con la goma

2» o «zipaio, entzun, pim, pam, pum». Era parte del paisaje y nadie se escandalizaba. Unos lo gritaban y otros lo ejecutaban. Las noticias de atentados mortales nos sacudían periódicamente.

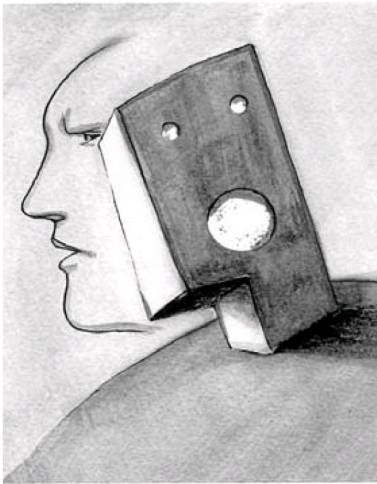
Las víctimas se esfumaban rápido del espacio público. Pero los presos de ETA aparecían por doquier: en las fiestas patronales de todos los pueblos y barrios de Euskadi se exhibían sus rostros en pancartas, pegatinas o fotografías. Las banderolas reclamando su excarcelación colgaban de muchas ventanas. Las manifestaciones o concentraciones por el mismo motivo se repetían con cadencia asfixiante. Cuando salían de prisión eran vitoreados en «ongi etorris». En esto nada ha cambiado.

Podrían ponerse tantos ejemplos... Algún día deberá escribirse una historia de la vida cotidiana durante los años del terror, donde se cuente cómo la violencia se introdujo por todos los poros de la sociedad, de tal manera que incluso gente que no estaba integrada en el nacionalismo radical, en un momento dado podía proferir una crítica o tararear una canción en la que las bombas aparecían como la fórmula mágica para resolver los problemas. Era la banalidad del mal. Gente

gris, anónima, no necesariamente monstruos ni psicópatas, adaptándose a las circunstancias: el odio extremo hacia todo lo vinculado a España. ¿Qué efectos ha tenido esto? Es pronto aún para evaluarlo. Pero sin duda han condicionado nuestra educación moral. La violencia estaba normalizada, integrada en las rutinas. Esto fomentó una perversión de los valores cívicos, insensibilizándonos ante el dolor ajeno.

Familia, novias, amigos, estudios, hobbies..., en eso no nos diferenciábamos de los que vinieron a este mundo en otras comunidades. El terrorismo es lo que singulariza nuestra juventud.

Algunos pensarán que exagero porque este fenómeno no les condicionó de ninguna manera. Es otro síntoma del problema. Con que una persona sintiera a su alrededor la falta de empatía y de compasión, ya habría sido demasiado. Y no fue una, sino miles. Tenemos una deuda con los que no sobrevivieron a la caza de brujas o lo hicieron, pero han quedado heridos física o psicológicamente. Lo mínimo que podemos hacer es recordar para que las conciencias no vuelvan a obnubilarse, porque, como dijo Primo Levi, lo que ha sido posible que ocurriera puede pasar de nuevo y puede afectarnos a nosotros y a nuestros hijos. A ellos, a los más pequeños, les hemos hecho el mejor regalo acabando con el terrorismo de ETA, de tal forma que puedan desarrollarse en un entorno más sano y más libre que aquel en el que nos hicimos mayores. En ese sentido, ojalá hayamos sido «los últimos».



:: JOSE IBARROLA